

CONTINUACION

DE LA

Restauracion y la Monarquia electiva

POR

el Vizconde de Chateaubriand.

Ya añadida la contestacion de este escritor à los
versos que le ha dedicado Mr. Berenger.



Valencia.

Imprenta de D. BENITO MONFORT.

JULIO DE 1832.



La revolucion de 1789, y la de 1830, notablemente se asemejan en haber sido inconsecuentes en sus principios, y perjudiciales en sus resultados. Por mas que gritaban algunos, antes de que estallase la primera, que era fuerza recurrir á la reforma de varios abusos para conservar en todo su brillo la nave magestuosa del estado, ni ellos ni

nadie soñaban en trastornar el gobierno, y mucho menos en escluir la dinastía reinante. Un hombre tan conocido por su elocuencia como por su impiedad, concibió la perniciosa idea de arrebatarse el trono de San Luis al Rey mas bondadoso y paternal que haya tenido Francia, y hacer subir á él á un Príncipe desarreglado é impío, cuyos desórdenes é irresolucion pueril pintó mas tarde con energía digna de notarse á la vez por su nervio y falta de decoro. Pero Mirabeau y sus prosélitos conocieron bien pronto que no podrian destruir los *Estados generales* el edificio mismo que debian conservar, y determinaron por tanto darles otra denominacion á fin de alucinar á sus miembros acerca del verdadero

espíritu de sus deberes. Instituyóse bajo este plan el congreso llamado *asamblea nacional*, hollando para ello los poderes de los diputados, y atacando sin pudor el voto de la gran nación, así como en 1830 hemos visto salir de las *barricadas* un poder constituyente sin mas título que el de una necesidad solo conocida de los que trataban de elevarse á la peligrosa sombra de nuevos sistemas políticos.

Es sin embargo evidente que los doscientos veinte y uno que fallaron contra la antigua monarquía, del mismo modo que los miembros de los *Estados generales*, carecian de facultades para dar impulso á tan recio movimiento, y que los gritos repentinos de *viva*

la carta por ningun título podian autorizarlos para destruirla. Aun en caso de duda debian consultar á la nacion, pedirle nuevas órdenes, ceñirse á ellas sin imitar el pernicioso ejemplo de los *Estados generales*, ni abrir las puertas á una revolucion de nueva especie. ¿Y quién hubiera sido capaz de asegurarles sus consecuencias una vez desencadenadas las pasiones, exaltados los ánimos, aguijoneado en fin el genio malévolo de la destruccion y la discordia? Solo de esta suerte sacudian de sus hombros la terrible responsabilidad que hará caer la historia sobre sus cabezas, mientras árbitra la nacion de su destino nunca pudiera sino acusarse á sí misma de su imprevision y de sus desgracias.

Desde el momento de semejante trastorno cesa el vínculo de la legitimidad , centro comun donde amorosamente se enlazaban los afectos y los intereses de Francia, pierden las artes su verdadero brillo y los corazones hidalgos un estímulo caballeresco. El instinto que lleva constantemente al pueblo frances hácia la correccion , la finura y la elegancia ; ese instinto de pundonorosa caballería en las pasiones , de regularidad y buen gusto en las artes , que tanto resplandeció en la dinastía de Valois y en los Príncipes últimamente de la borbónica estirpe , empieza ya á revelarle que es tan indispensable al trono de su pais un monarca que le recuerde sus glorias , como lo son á su suelo los monumentos

de sus antiguos triunfos. Necesario ha sido el manejo de los *doctrinarios*; la hipocresía de los *veteranos*; la pertinacia de un antiguo prosélito de la *escuela americana* (*), y la codicia de los que todo se lo prometen del último período de nuestra historia para deslumbrar á la belicosa juventud de Francia; para ocultarle que la gloria de tan hermoso reino era exclusivamente emanada de la *legitimidad*, principio eternamente nacional, que se presta á todos los lauros y distribuye coronas á toda clase de méritos. Bajo sus auspicios brillaron los fuegos de Navarino y los de la escuadra de Argel: bajo sus auspicios publicó Grecia su

(*) *Lafayette*. En otro folleto explicaremos el origen, objeto y clasificacion de estas escuelas.

independencia y la cristiandad la mas espléndida victoria desde que en las aguas de Lepanto humilló la descomunal soberbia de la bárbara media-luna.

De esperar es sin embargo que la agudeza del instinto de que hablamos la obligue á volver su atención hácia los ilustres fastos de su patria, haciéndola derramar amargas lágrimas respecto de su propia conducta. Ya las ha vertido sobre las sangrientas ruinas de la república y el falso esplendor del imperio, ya sabe lo que prometerse debe del cañonazo de alarma y de la campana revolucionaria; y una vez eclipsado el vano oropel de las fiestas cívicas y de las ilusorias esperanzas, mirará en torno de sí para lamentar desastres, para reco-

mendar á sus hijos el *vínculo* que la enlazaba con sus plácidos recuerdos. No: el pueblo bizarro y generoso conducido á la guerra por Felipe Augusto, Francisco primero, Henrique cuarto, Luis catorce, Napoleon y Montebelo, ni huella sus propios laureles, ni desprecia el lustre de sus anales. Una indicacion lo rectifica; un himno lo entusiasma; un recuerdo lo consuela; he aquí porque el noble acento de Chateaubriand resuena desde un extremo á otro de Francia: he aquí porque al éco de una voz que le recuerda la lira de los trovadores hace nuevamente alarde del espíritu de marcialidad y caballería de los antiguos campeones que aspiraban al doble lauro de la lealtad y del esfuerzo.

Nada en efecto es comparable al aplauso con que ha acogido el pueblo frances el último folleto del famoso ingenio que acabamos de nombrar. Aunque resuelto el ilustre escritor á guardar silencio acerca de los nuevos acaecimientos de su patria hubiese ya colgado el harpa en las riberas del mismo lago que tantas veces percibió el suspiro del noble amante de Julia, súbito fervor lo anima al oír que los mismos que han destronado á Cárlos diez quieren negar á sus descendientes un sepulcro sin inscripciones ni timbres en el ángulo mas ignorado de Francia, y ardiendo en indignacion pundonorosa, lánzase de nuevo en la arena, ya para responder al genio que lo ensalza (1), ya para salir á la defensa de

una familia tan desgraciada como augusta. Todos los franceses leen esta defensa; todos hacen justicia á la generosa fidelidad que la dictó; y en medio de los aplausos distínguese apenas la voz mercenaria y rastrera de los que quisieran empañar el lustre de sus talentos y marchitar los mirtos que decoran su frente.

Deseosos de proporcionar á los españoles, que se precian de los mismos principios, una muestra de los mas notables capítulos que encierra dicho opúsculo, nos hemos apresurado á traducirlos. Lejos estamos de creer digno nuestro trabajo del abogado de Cárlos diez, ni del objeto de tan loable tarea; pero como se trasluzca en el desaliño de nuestras cláusulas la franca sóltura,

la brillante y respetuosa osadía con que pone de manifiesto las virtudes de la dinastía proscrita, y los perjuicios de un impremeditado trastorno, creeremos hacer bien á nuestros semejantes fortificandò de esta manera en sus pechos ese precioso amor al órden, que no es otra cosa que la sumision al Gobierno lejítimo.

Por lo demás, si bien prometiera el ilustre escritor enmudecer ya con respecto á los acaecimientos políticos de su pais, habia sido bajo el supuesto de que no se alterasen las cosas de como se presentaban entonces. Lejano estaba de suponer, apesar de la sagáz prevision de su política, hubiese un frances que pidiera, sin sonrojarse, se negase á la Real familia toda clase de asilo

en el seno de la patria. Con todo, no ha tardado á salir á luz una proposicion tan poco digna de la ilustracion del siglo, y de las virtudes cívicas que tanto preconizan los partidarios de la revolucion de Julio, con lo cual cesaron los motivos que lo obligaban al silencio, y ofreciósele una laudable ocasion de manifestar al mundo la consecuencia de unos sentimientos, que ni el destierro, ni las calamidades son capaces de enflaquecer. En vano algunos periódicos creyeron echarle en cara esta pretendida inconsecuencia, pues no han hecho mas que manifestar la falta de razones sólidas para combatir su doctrina. Y si se añade á ello que la opinion pública no debe juzgarse por el falso termómetro de los gritos y los

periódicos, sino por el movimiento determinado y unánime que precipita á los pueblos, será preciso confesar que mas pública el entusiasmo de los franceses á favor de Carlos diez el ansia con que se han apresurado á agotar las ediciones del último escrito de su célebre abogado, que cuanto puedan decirnos acerca de su espíritu contrario los autores que consagran su pluma á los intereses del actual ministerio.

La lejitimidad ha sostenido á Europa sin embargo de los bárbaros sacudimientos que desde los tiempos de Clovis pugnaron por destruirla: la lejitimidad faltó únicamente al imperio romano para que no fuese eterno en la tierra: la lejitimidad, en fin, es el único

antemural capaz de contener lós desórdenes de la peste, y los furrores de la discordia civil. Quitad sinò de los tronos este precioso vínculo, y vereis nacer en su torno innumerables bandos y reacciones, semejantes á las que continuamente reinan entre los beyes de la Siria y del Gran-Cairo. Cuando las coronas han sido electivas, ha brillado siempre el puñal en mano de los electores: el príncipe elejido sube al trono lleno de suspicacias contra los que se mostraron neutrales á su ensalzamiento, y armado de venganzas contra los que quisieron disputárselo. Apenas se empieza á calmar el fuego de estas pasiones, cuando poniendo un término la muerte á la paz recién establecida, levántanse nuevos pretendientes,

despiértanse nuevos partidarios , y se dá principio á la cábala, hasta que en última apelacion se desembaina el acero , se devastan las mieses, se tiñe de inocente sangre el altar profanado de la patria.

¿Y pueden compararse las escenas de semejante cuadro á las fiestas públicas, á los brillantes regocijos con que acoge el pueblo el nacimiento de un príncipe hereditario? ¡Ah! si la intriga precede á la eleccion, y si constantemente le sigue la discordia; las dulces esperanzas, los recuerdos mas sagrados forman á la lejitimidad una luminosa aureola de ilusiones y virtudes. ¡Felices los pueblos que, fieles al espíritu relijioso y prudente de estas máximas, levantan al hijo sobre el mismo pavés en que levantaron al

padre , y levantarán al nieto ! La prudencia los guia , la relijion los inspira , mientras que la paz interior , mientras que una fraternal alianza , los halaga y recompensa .





EL último folleto que publiqué bajo el título *La Restauracion y la Monarquía electiva*, termina con estas palabras: „ Mi voz será quizá importuna á los nuevos adalides de Francia; pero consuélense oyéndola por la última vez mientras no sufra variacion la marcha de los negocios. Manifiesto mi opinion en favor de algunas personas á quienes se trata de proscribir. En Agosto (de 1830) pedí para el Duque de Burdeos

una corona; ahora (*) no solicito para él mas que la esperanza de un sepulcro en la patria. ¿Y es esto demasiado? , No obstante, los negocios variaron: una proposicion mas rigorosa que la que ya he combatido me obliga á romper el silencio y á salir de mi retiro: el huérfano para quien solicitaba la esperanza de un sepulcro en este suelo no tiene ya la certidumbre de obtenerlo. Todos estamos sujetos á los reveses de la fortuna: unos fian su vida al acaso, otros á la desgracia. Cuantas veces se renueven actos de violencia contra la familia caida, otras tantas me levantaré contra ellos. Mis protestas, ó franceses, os importarán muy poco: lo sé; pero no me da cuidado, porque

(*) Marzo de 1831.

no os temo. ¿De qué podreis quejaros? Lejos de separarme de las leyes hechas ó por hacer, entrégo-me á ellas, debiéndolas al menos el inesperado alivio de volver á visitar en semejantes circunstancias el dulcísimo suelo de la patria.” =Despues de esta introduccion entra en materia. „ Sois vencedores; habeis proscrito; quereis proscribir aun; substituir el destierro á la pena de muerte; abusar y alzaros orgulloosamente con la victoria. No vengo á negar el hecho; sino á contestar el derecho. Atacado éste desde luego por el hecho, acaba por destruirle: la razon es sencilla, el derecho es la justicia sin la cual no hay sociedad. El tiempo mismo convierte el hecho en derecho para someterle á la competencia de la justicia.

Hay dos maneras de hacer sólida una mudanza (*): convertirla en útil, ú obligar á los pueblos á que en fuerza de hallarla ventajosa la encuentren justa.

En el primer caso, toda revolucion que los deja en peor estado del que antes tenían, no prueba el sofístico principio en que se funda: en el segundo, toda revolucion que no ha sido ratificada por la generalidad de las gentes convocadas á este efecto, carece de apoyo y de apariencia legal.

¿Qué debemos al gobierno que nos rige? Los impuestos y la obediencia á las leyes civiles, criminales

(*) Cuando una mudanza ataca el derecho de una dinastía lejitima, nunca puede hacerse sólida por la razon de que nunca será justa. Si no es ésta la doctrina de los conquistadores, es la de los hombres sensatos y pacíficos.

y administrativas; la sumision á las ordenanzas militares y á las medidas de policía. Las primeras son la vía social; las otras necesarias á la independencia pública en lo exterior, y á la seguridad privada en lo interior. No se ha de conspirar en secreto contra este gobierno, ni procurar destruirle á viva fuerza: se le debe acatamiento en todo lo que no se oponga á intereses esenciales: los conventículos y la violencia son contrarios al mandamiento relijioso, y al precepto moral. En cuanto á las leyes políticas, emanadas de la nueva monarquía, somos libres en pensar, decir y escribir lo que nos plazca, puesto que aun no se apoyan en hechos útiles ni en bases legales.

MONARQUIA

DE LA

rama menor de los Borbones.

Lo que hoy poseemos es una especie de *no se qué*, que ni sabe á república, ni á monarquía, ni á legitimidad, ni á ilegitimidad: una quisicosa que tiene de todo y de nada; que ni vive, ni muere: una usurpacion sin usurpador; un dia

sin víspera; una jornada sin aurora siguiente. Cuando estalló la república, aseguróse fácilmente que iría á estrellarse contra el despotismo: cuando el imperio triunfó, echábase de ver que espiraría entre la restauracion y la victoria; y pudo percibirse tambien cuando la lejitimidad recobró su poderío que seria destruida por las ideas del siglo, como careciese de maña para neutralizarlas. Pero ahora ¿qué podemos preveer? ¿dónde está el porvenir? ¿cuál será su forma y á qué distancia se encuentra?

He dicho verdades á los hombres de la Francia: ¿me atreveré á pedir al fin de mi discurso la respetuosa libertad de dirijir algunas palabras á los nobles varones del destierro, á los que guardan el

precioso vástago de la lejitimidad? La educacion de un Príncipe debe guardar cierta analogía con la forma del gobierno y las costumbres de su pais. En Francia ya no hay caballería, ni caballeros, ni soldados de la oriflama, ni gentiles-hombres cubiertos de acero, prontos á seguir, á fuer de ilustres campeones, el victorioso reflejo del penacho blanco. Hay un pueblo que no es el de otro tiempo; un pueblo que, cambiado por los siglos, no tiene los hábitos ni las costumbres de sus padres. Si en Henrique quinto no se vé mas que el gefe de una faccion; una pagóda santa, cuyos derechos son reputados posteriores é inferiores á los del pueblo; un niño reclamando un cetro por la sagrada razon de que lo poseyeron sus

abuelos; no hay remedio para él: la legitimidad es una religion cuya fe se ha debilitado en este reino; pero sin la cual no puede haber gobierno, por comunicar á los elementos de su base no sé que de sagrado, histórico y tradicional.

Ciertos amigos falsos de una madre jóven, llena de encantos, infortunios y valor propalan que Henrique cuarto recobró el trono con la espada en la mano, y que si en la política se hacia intervenir la moral rigorosa, nada seria posible á los hombres honrados, al paso que los malos, menos escrupulosos y timoratos, triunfarian siempre. A esto respondo, que en el tiempo en que vivimos no puede haber guerras civiles sino entre ideas y opiniones diversas: las mas fuertes

y mejor guiadas destruirán á las demás y se alzarán sobre sus ruinas. El ejemplo de Henrique cuarto no es aplicable á la época en que nos hallamos : discordias de diverso carácter habian desolado á Francia mucho tiempo antes que combatié- se por el cetro que le dejó Henrique tercero. Colocado á la cabeza del partido protestante; educado bajo la tienda de campaña, y sin haber abandonado nunca el suelo pátrio, era general y soldado cuando se ciñó la corona. No quiso por su propia causa turbar la tranquilidad de su reino: lejos de dividir los ánimos trabajó para reunirlos, y subiéndolo al trono terminó las guerras civiles que cuarenta años habia afligian la nacion.

La civilizacion por otra parte

no estaba tan adelantada, y lo que solo desplacia en época que las luces no se veían difundidas, fuera insensato, odioso y criminal en el siglo en que vivimos.

En cuanto á la Vandée cítase su pronunciamiento heróico cometiendo un nuevo error. Resentida, exasperada por leyes de escepcion, llegaría á ser un coloso á cuyo lado los que la calumnian hoy valdrian bien poco. El general Lamarque ha hablado como enemigo generoso, y como hombre de valor. La Vandée inactiva y silenciosa prueba evidentemente que la opinion que sostiene al poder reinante no es la general de Francia; pero precipitándose sin ser atacada, arrojándose sin prevision á los desastres de una guerra civil, derramaria su

sangre en vano. ¿Pudo, cuando estaba en todo su auge, pudo trasladar á Luis diez y siete de la torre del Temple al palacio de Versalles? ¿Y lo que no alcanzó por el huérfano cautivo lo alcanzaria por el desterrado? Aquellos combates de jornaleros y artesanos, llamados por Bonaparte combates de gigantes; aquellos novecientos mil hombres muertos en el campo, solo han consagrado en la historia un sacrificio inmortal, pero al mismo tiempo inútil. ¿Será preciso contar con los ejércitos extranjeros? . . . (*).

No conozco mas que un medio de conducir al hogar paternal al jóven proscrito; conciliar la voluntad

(*) Aquí se pierde el autor en varias reflexiones que suprimimos por parecernos inconsecuentes á su doctrina y poco decorosas á Europa.

de los franceses, la union del pueblo, y los poderes del estado. Si el luto no se extinguiera en Francia; si cansada la nacion de andar divagando de sistema en sistema, de gobierno en gobierno, y engañada en sus ensayos y esperanzas no viese puerto de salvacion mas que en el trono lejítimo, entonces volveria Henrique quinto sin haber costado una lágrima, y reinando de antemano en el corazon de todos por su inocencia y sus infortunos. La madre de esta tierna víctima no puede asegurar tan risueño porvenir, pero sí prepararlo dirigiendo con su notoria sensatez, instruccion y prudencia, la educacion de su hijo.

En fin, como no se inclinase á pesar de todo hácia él la voluntad

de los franceses, debia aparecer en medio de ellos sin guardias, sin corte, sin chocante fausto, y solo haciendo alarde de su ascendencia, sinceridad y rectitud. Y en el caso de juzgar político ó prudente el deseo de evitar toda reclamacion, no habia mas que preguntar al mismo pueblo, y que el voto general entregase la corona al hijo de Roberto el fuerte, especie de consagracion política que como un homenaje de espiacion justísima precedería á la consagracion civil (*).

(*) Si esto es una vana fórmula para nada se necesita, y en el caso de juzgarlo una medida necesaria; ¿ en qué funda Mr. Chateaubriand el indisputable derecho de la legitimidad? Casi nos atrevemos á decir que los inciensos que le han prodigado los primeros escritores del bando ministerial le hacen desviarse algun tanto en este pasaje de la rigurosa ilacion de sus principios.

EL DUQUE DE BURDEOS.



Habiendo conservado suficiente juicio para desechar la república, á príncipes de nueva dinastía y al hijo de Bonaparte, era fuerza que subiese al trono el Duque de Burdeos.

Las ventajas de esta eleccion reconocíanse evidentes: alejaba todo temor de discordia civil, todo peligro de guerra extranjera, y, durante la menor edad de Henrique quinto, los fueros populares tomaran sin peligro su natural estension bajo

el amparo de la legitimidad, del mismo modo que bajo la débil sombra de la monarquía electiva pueden á cada momento precipitarnos. El cetro de este augusto niño, sostenido por las manos de la nueva Francia, hubiera convenido mas al reposo y á la felicidad del mismo personaje que reina, que una corona forjada en la calle, y arrojada por una ventana, sobrado flaca si la dividen, sobrado recia si no la desunen. No solo nadie queria en el 26 la obra del 27, sino que se hubiese levantado un grito de alegría como se concediera entonces la abolicion de los decretos, el cambio del ministerio y otras pequeñeces concernientes á esta mudanza. En el 30 ya no se contentaban con dos abdicaciones, y decian á un niño

inocente: *si no eres tú, será tu padre*. Bien podia responder: *¡ya no le tengo!*

Hubo sorpresas; quiso adelantarse demasiado; atravesar espacios inmensos, y el terreno en que nos hallamos ahora no es mas que un escollo entre dos abismos.

En vano se ha dicho que la adopcion del niño era imposible, que las masas populares no le admittian, que los jornaleros hubieran pasado á cuchillo á los propietarios, los oficiales á los maestros, y otras, muchas cosas de este jaez repetidas entonces por una *prevision*, una *cautela* á proposito nacidas para arrojar á la otra parte del Rin ó de los Alpes la familia lejítima.

Nada de esto hubiera sucedido; ni el ejército, ni las ciudades se

subleváran; antes bien, proclamando á Henrique quinto fuera reconocido sin réplica por toda Francia. La guardia nacional de Paris hubiera destruido la proyectada república, y el amigo de Washington no sostendría un ensayo infructuoso, porque en tales circunstancias le estaba preparado un papel mas brillante y digno de su cuna. Algunos ambiciosos han engañado la generosidad de Luis Felipe: ha creído salvar á Francia de un peligro que no existe; ha empuñado el cetro para librarnos de una anarquía que únicamente se vislumbra en la imaginacion de los descontentos. Solo con que se obstinasen algunos de estos en mantenerse simples ciudadanos, Henrique quinto estaría en el trono á despecho de

los furibundos que aspiraban con tanta audacia á honores, pensiones y destinos.

Si nada era la legitimidad, ni el desterrar á un niño; si Francia entera no queria al vástago de la rama primojénita, ¿cómo sucede que una cuarta parte de los departamentos es tachada de realista, sin hablar de los muchos individuos de este partido que hormiguean en los demás? ¿En qué consiste que nos vemos obligados á mantener treinta mil hombres hácia el medio dia, y cincuenta mil en Bretaña y la Vandée, del mismo modo que en Bélgica, unos para hacer un Rey inglés, otros para deshacer un Rey frances? ¿Cuál es la causa, qué de ciento treinta mil electores inscritos no se hayan presentado

mas que ochenta mil para dar el voto? Ciudades de ciento veinte mil almas, como Marsella, han visto diputados nombrados por treinta y ocho votos: en la última eleccion de Burdeos de quinientos cincuenta electores se han presentado únicamente setenta y cuatro, por manera, que han sido suficientes para nombrar un diputado á una ciudad que tiene tantos intereses que defender. ¿Qué razon hay para que se suprimieran violentamente noventa y cinco Pares de la Cámara alta, y que otros cincuenta y dos hayan negado el homenaje? ¿Por qué en la Cámara de los Diputados, donde se habia establecido el movimiento, muchos miembros rehusaron jurar y lo practicaron otros con protestas y

explicaciones? ¿Por qué gran número de Magistrados se ha resistido al mismo juramento? ¿Por qué habiéndose destituido casi todos los jueces de paz, y despues de suspender en sus funciones á tantos prefectos y suprefectos, administradores principales y subalternos, sostiénese no obstante que estos empleos estan desempeñados por partidarios de Cárlos diez? ¿Por qué fueron estinguidos varios cuerpos militares é hicieron dimision tantos oficiales? ¿Por qué las elecciones municipales de una gran parte de Francia han sido paralizadas temiendo ver llegar á los verdaderos realistas? ¿Por qué en otras partes el mismo terror hizo decretar la organizacion de la guardia nacional? ¿Podreis decir que una

opinion atribuida á muchos millones de individuos no tenga algun principio, alguna sólida raiz, algun justo fundamento? ¿Y manteneros firmes en que esta opinion no deba ser meditada con maduro exámen, sino sufocada y oprimida cuando os jactais de proclamar la soberanía del pueblo y por consiguiente la independendencia del pensamiento y del voto de cada frances?

La obra ha sido consumada: Henrique quinto desterrado: ¿pero donde están los poderes de la nacion, y quién podrá restablecerlos? La lejitimidad era el único punto de apoyo en la pendiente rápida donde se han colocado los hombres de mi patria: destruida aquella ¿á qué tronco atraeis los partidos de que se compone el cuerpo social?

¿Qué son en el día un prefecto, un director general, un ministro, hasta un mariscal de Francia? Muy poca cosa cuando los mas lejítimos derechos no han podido salvar á una familia soberanamente ilustre. Acaso la propiedad no tardará en ser atacada: en todo pais ha sucumbido con los sagrados privilegios de la corona, porque siendo esta herencia la mayor de las propiedades, en cuanto se halla invadida, todas las demás están amagadas de igual trastorno. Los elementos no se aglomeran sino cuando son homogéneos: dado el caso de que la potestad real pueda ser dividida y subdividida, no hay razon para que la individual (que es tambien una potestad real, una especie de soberanía) deje de serlo.

NOTAS.



(1) Entre los mas notables acaecimientos que actualmente sorprenden en la instable marcha de Francia , adviértese el universal sufragio con que aplaude esta nacion el talento de Mr. Chateaubriand y su constancia política. No parece sino que los partidos procedan de comun acuerdo en tolerar que sea mas elegante , mas enérgico y florido en el momento de elevar su voz en favor de la familia desterrada. Cuando apareció el Genio del cristianismo acometíanle todos para sufocar su grito: la impiedad le prodigaba sus sarcasmos ; la filosofia le abria con falso halago sus templos ; la revolucion le atemorizaba con mortales precipicios ; todo se manifestaba contra su genio ; todo se desencadenaba para poner en ridículo las peregrinas sensaciones de su espíritu , y el ilustre autor de Atala hubo de abandonar el suelo pátrio para poder en mas serenos dias aspirar á la victoria.

Ahora empero el esplendor de su talento y la lealtad de su pecho conjuran las asechanzas de sus enemigos; desbaratan sus intrigas; embotan el diente de la mordacidad, ansioso por venganza y por envidia de hacer presa en tan respetable víctima. Hasta los que por sus ideas y propia nombradía están colocados á larga distancia de un hombre que, segun los partidarios del ministerio, ha perdido su prestigio, ponen á sus plantas un sincero tributo de admiracion y de alabanza. Ninguno tan notable entre ellos como Mr. Berenger, el poeta mas popular de Francia; el digno rival de la Fontaine en el difícil arte de hacerse inmortal por medio de composiciones agudas, lijeras y festivas. Las bellísimas estancias que escapan de su pluma andan en boca de todos y cautivan á cuantos logran entenderlas por la ternura de las ideas y dulcísima flexibilidad de sus armonias (*).

Las que ha publicado en elógio del

(*) Algunas se han de esceptuar sin embargo, como el éco pernicioso de un partido.

defensor de Cárlos diez, no solo brillan con las prendas de sus demás composiciones, sino por cierto espíritu de pundonor indulgente, de noble consideracion á la desgracia, que recuerda el carácter sobremanera ilustre de los antiguos trovadores. Esta desinteresada muestra de respeto hácia el saber, de sensata tolerancia sobre el modo de pensar, hace tanto honor á entrambos autores, como al siglo que se vanagloria con sus obras. Por otra parte la respuesta de Mr. Chateaubriand á tal elógio, no solo es documento que marca el actual período de su vida, sino una especie de memoria clásica que revela el verdadero carácter de la generacion presente.

Admirándola, pues, á un mismo tiempo como modelo de sublime y verdadera política y de controversia literaria, la incluimos en la presente traduccion. Francia, y aun Europa toda, tiene los ojos puestos en Mr. Chateaubriand por el grande interés que inspira la nobleza de su conducta, y esta atencion hácia un hombre sin otro prestigio que el de

su talento, ni otra recomendacion que su acrisolada lealtad, es homenaje el mas honroso para la cultura de este siglo, y enteramente nuevo en las páginas de la historia.

Los hermosos versos de Mr. Berenger al autor de los Mártires:

N° entends tu pas la France qui te crie:

Mon beau ciel pleure une etoile de moins

han sido repetidos con entusiasmo por el pueblo frances, y el éco dulcísimo de la patria los ha llevado á oídos del célebre escritor, mientras meditaba en las plácidas orillas del Lemán las enérgicas cláusulas que debia consagrar en elógió de un Monarca tan digno ya de pundonorosa adhesion como los mas sobresalientes de la caballeresca dinastía de los Estuardos. ¡Ah! por qué se han empeñado las revoluciones en destruir la grande obra de la Restauracion?.... ella resucitaba entre los franceses la musa de los trovadores y el pundonor de los paladines: ella les restituia aquella uncion de afectos é ideas, aquel noble instinto de galantería y de respeto que los

filósofos del siglo pasado hicieron desaparecer de la sociedad , dejándonos por herencia el desconsuelo del ateismo , ó la desesperada agitación de los incrédulos. Acaso espirarán tan dulcísimas sensaciones en los postreros acentos con que embelese á los hombres la musa encantadora de los Mártires , y esto mismo les presta un irresistible atractivo , un carácter melancólico y sagrado. Fuerza es recojerlos con el relijioso respeto que las últimas cadencias escapadas al moribundo lábio de Virgilio, y mirarlos cual un tierno adios á cuanto hubo de laudable en la sociedad moderna ; ó cual los desmayados tonos del canto del cisne cuando lo obliga á enmudecer para siempre feroz bandada de aves de rapiña.

FRAGMENTO DE LA CONTESTACION DE MR. CHATEAUBRIAND A MR. BERENGER.

Génova 24 de Setiembre de 1831.

Teneis el arte de separar en vuestro amable poema mi vida literaria de la política, y mi suficiencia de autor se ve obligada sin embargo á convenir en que hay en la bella metáfora de la primera estancia mas cortesanía que verdad. No he visto en el cielo una estrella, pero sí una lira; aunque ignoro si será de aquellas que, segun vuestra opinion, me debe la madre patria. ¿Habrà tenido alguna influencia en la que tanto os distingue? Merecería entonces en efecto algo del purísimo néctar que me ofrece la benéfica correspondencia del poeta. Tal es la mágia del talento

que repitiendo mi viaje á América , Grecia y Sion, haceis que me complazca en mis correrías : mi amor propio agradablemente se sorprende con mis acentos olvidando que ya no soy yo el que viaja , sino vos que lo verificais por mí. Uniánse en otro tiempo los trovadores á los peregrinos : los primeros cantaban; los segundos seguian humildemente el éco de sus dulces himnos ; pero solo aquellos han dejado alguna huella de tan célebres romerías. ¡ Ah ! no puedo aspirar á ser vuestro Orestes popular ; aquel judío errante que no tiene esperanza sino en el fin del mundo ; aquel judío que llama siempre con repetidos votos al último sol , que le vé amanecer , y que esclama en la fatiga de su eterna fuga:

Toujours , toujours,

tourne la terre ou moi je cours ()*.

Desde el lugar en que escribo distingo la casa de campo que habitó Lord Byron y las almejas del palacio de Mad. de Staël : ¿ dónde está el enérgico bardo de Child-Harold ? ¿ dónde

(*) *Cancion de Berenger.*

el delicado ingenio que cantó las desgracias de Corina? Mi vida, ya sobrado larga, se va pareciendo á aquellas vias romanas sembradas de monumentos fúnebres. He visto morir casi todas las glorias de mi siglo; desvanecerse los sucesos; desaparecer los grandes hombres. Duerme la revolucion en su inmensa tumba, y el gigante que enjendró tiene al océano por sepulcro. Ya no estamos en la época de la *ardiente espada*: la que ceñimos ahora es tan corta que aun no puede defender la cabeza de nuestros amigos. Cuando me conjurais á fin de que vuelva al suelo pátrio, preguntóme á mí mismo quién soy para merecer esa noble solicitud.... ah! el peso del polvo de Napoleon puede ladear el goblo hácia la urna que lo guarda; pero las cenizas de un sér tan desconocido como yo son demasiado leves: espárcelas muy en breve el céfiro de la patria ó el viento del desierto.

Pasemos al fin al retazo político de vuestra cancion. Me guardaré muy bien de querer seguir el vuelo brillante de vuestra musa

con mi pesadísima controversia. Mi respuesta se encontrará en las reflexiones acerca de los negocios de Francia que voy á publicar muy pronto. Dos palabras únicamente pienso permitirme aquí.

Es cierto que veo en la independendencia de los fueros el indispensable apoyo de la lejitimidad, pues no conozco poder lejítimo sin clases ni gerarquias. Pero si la antorcha que presentaba á los Borbones era la de la fidelidad, nunca la apagaron contra mi gloria, cual decis en la magnificencia de vuestro lenguaje. ¿Me aconsejariais abandonar al náufrago en medio de la tormenta y de la noche? Recuerdo que la gloria en otro tiempo os hacia enternecer porque nacisteis para ella, yo sacrificio ante las aras del infortunio, porque las encuentro en mis hogares, y sin embargo no son estos motivos suficientes para envanecernos: acaso haya imperdonable egoismo en nuestra preconizada virtud.

*D' une terre chéri
C' est un fils desolé;*

*Rendons une patrie,
 Une patrie
 Au pauvre exilé:
 De rivage en rivage
 ¿Que sert de le bannir?.....*

Os mostrais con todo el genio filosófico que aboga en estos versos en pró de la honradez proscrita, y por esto pretendéis que me una al pueblo mismo que me llevaba en triunfo á las barricadas. Ah! he aquí el momento mas dulce de mi vida! Siempre me sacrificaré en obsequio de este pueblo, y por su honor y su prosperidad dí mi voto al jóven á quien corresponde la corona cuando me era permitido usar de mi libertad individual. ¿Pero dónde está ese pueblo? ¿En aquel cuya voz generosa resonaba en el círculo de mi triunfo junto á la tumba en que yacian vencidos y vencedores, mientras un ministro de paz dirigia por ellos sus plegarias al Altísimo? ¿Podré reconocer aquella voz celestial en los acentos de los campeones del miedo, sobre quienes pesan las ruinas sangrientas de Varsovia? No: jamás me uniré á los desalmados que le robaron

las ventajas que le ofrecia la legitimidad y la paternal benevolencia de sus Reyes.

Falta hablar ahora del hecho principal que ha proporcionado el texto al poema de que me cabe el honor de ser el héroe.

Tenia resuelto acabar mi vida recorriendo los ángulos mas clásicos del mundo antiguo, pues rehusando mi voto al órden actual de cosas, mi persona era tan insignificante en Francia, como la de un ilota en Lacedemonia. Pero para que se cumpliera en un todo mi designio, hacíase preciso poner en mano de nuevo dueño algunos arbolillos tiernos que en otro tiempo planté. He sacado en venta á mis pobres hijos, y nadie los ha querido. Forzado con este obstáculo á bajar por un instante de la montaña, he vuelto á ver la patria y me ha horrorizado su desolador aspecto. Conmovido de sus desgracias creí que me seria mas fácil abandonarla cuando ya fuese feliz. No pocas veces he repetido »que el aspecto de una guerra me obliga á consagrar mis últimos dias á Francia.» Apesar de las humillaciones

de nuestra diplomacia, y de la servidumbre con que mendíga la paz, aun es muy problemático que nos la concedan.

Una tentativa reciente contra la antigua casa real, prueba (*) tambien que mis combates no llegaron á su término. Durante los dias de Julio no creí en reacciones: el pueblo aplacado por la victoria; instruido por la experiencia; ilustrado por la civilizacion, hubiera continuado en ser magnánimo. Pero el pueblo tampoco reina; las discusiones acaloradas del lado izquierdo, que sin dignidad ni decoro han usurpado el poder popular, necesitarán para sostenerse y coordinar las leyes perseguir á la virtuosa moderacion; insultar á la honradez; sufocar el grito imparcial de la lealtad. Este rigor, lleno de fuerza lójica en su práctica, pues que procede del nuevo proyecto sirviendo de continuacion al plan de Mr. Baude, exijirá mi presencia en Paris para abogar en última apelacion por una causa

(*) Alude sin duda á la proposicion de Mr. Bricqueville contra los ilustres desterrados.

que no creí verme obligado á defender de nuevo. Un hombre de honor jamás se oculta, ni pública de lejos contra sus adversarios lo que no se atrevería á echarles en rostro.

En fin casi todos los periódicos, considerados siempre como órganos de la opinion, han manifestado durante mi ausencia sentimientos que me honran (1). Vuestra mágica elocuencia, cual pródiga ninfa, viene á su vez á adornar de flores y diamantes, no *mi antiguo trono* (*), pues no le tengo, pero sí mi añejo bordon de peregrino. ¿Cómo podia ser invulnerable á la lisonja de una musa que ha desdeñado adular á los Reyes? ¡Ah! cuando se digna amonestarme para que regrese, no puedo casi resistir la tentacion de correr á admirarla en su propio templo, esto es, en el plácido suelo de mi patria.

(*) Alude á una espresion del cancionero.

Chateaubriand.

CITA A LA PAGINA ANTERIOR.



(1) He aquí la conducta de los que andan mas validos en orden á la carta precedente.

El diario de los *Debates* guarda absoluto silencio acerca de ella , mientras la *Gaceta* , con el buen tacto que le es peculiar , la ensalza , la comenta y la defiende.

El *Nacional* , reproduciendo la contestacion de Mr. Chateaubriand á Mr. Berenger , siente : *que los nobles sentimientos manifestados en ella no esten enteramente separados de cierto interés , que no es el de la patria*. Esperaremos , se le puede responder , á que la patria lo diga. El *Constitucional* , apesar de sus exajeradas doctrinas , no puede menos de hablar del brillante autor de los *Mártires* en los términos siguientes :

En este tiempo de acontecimientos grandes y hombres pequeños , no es fácil , sino á Mr. Chateaubriand , interesar á todos en su favor , hacer que se ocupen esclusivamente de él , y aun hablar de sí mismo con el noble orgullo del pundonor , sin bajeza y sin herir. He aquí un privilegio de su talento y de su fama , hacer un acontecimiento público de cada una de las acciones de su vida : si abandona á Francia , sábelo ésta por un elocuente folleto : si es invitado por uno de nuestros mas célebres poetas para volver á su seno , contesta á la sublime cancion diciendo que no ha sido sordo á sus pindáricos versos.

N' entends tu pas la France qui te crie :

Mon beau ciel pleure une étoile de moins?....

Esta inspirada exclamacion no es una hipérbole del poeta , sino el éco de la mas pura verdad. Mr. Chateaubriand ha reconocido la voz , la propia voz de Francia : = „ Los órganos de la opinion pública , dice al fin de su carta , casi todos los periódicos , han manifestado , durante mi ausencia , sentimientos , que me honran. Vuestra mágica elocuencia viene despues cual pródiga ninfa á ornar de flores y diamantes , no *mi antiguo trono* , pues no le tengo , pero sí mi añejo bordon de peregrino

¿Cómo podría ser invulnerable á la lisonja de una musa que ha desafiado adular á los Reyes? ; Ah! cuando se digna amonestarme para que regrese, no puedo casi resistir la tentacion de correr á admirarla en su propio templo, esto es, en el plácido suelo de mi patria."

Ser adulado por una musa que ha desafiado á los Reyes; ser llorado el cantor de la legitimidad por los mismos que no sienten su pérdida, es un destino que tiene algo de milagroso; pero debido al hombre célebre que el pueblo llevaba en triunfo á las barricadas.

Continúa el editor copiando el párrafo que dejamos inserto, desde donde dice: =, He vuelto á ver á Francia."= Y concluye: =, Un hombre de honor jamás se oculta ni publica de lejos contra sus adversarios lo que no se atrevería á echarles en rostro."= Mr. Chateaubriand, añade, vuelve para defender aun á los Borbones y tambien para tomar parte en los peligros á que se arriesga. Esto es ya demasiado apego á la causa; demasiado amor á la gloria: sin duda el martirio coronaría dignamente una carrera tan llena de nobles esfuerzos; pero es necesario que renuncie á la ilusion que le seduce, pues no habrá de confesar en el cadalso su fe borbónica (*); y continuará escribiendo elocuentes páginas por un desgraciado cliente sin mas efecto que aumentar, si es posible, la fama del escritor. Encantará á millares de lectores, no acrecentará el número de sus enemigos, y si, contra toda esperanza, lograrse los ásperos honores, de una persecucion injusta, el mismo pueblo vencedor, está todavía en las barricadas para llevarlo otra vez en triunfo sobre sus hombros.

